

Vivir es lo que hace daño

Corazón de piedra

ANTONIO MARÍA FLÓREZ
Littera Libros, Villanueva de la Serena (España), 2011, 37 págs.

POETA DE mutaciones y contrastes, Antonio María Flórez Rodríguez (Don Benito [España], 1959), publica ahora un breve poemario que hace posible un diálogo entre la desolación y la esperanza.

Hijo de padre colombiano y madre extremeña, generoso y vehemente, incansable en la defensa de los procesos regionales y uno de los principales difusores de los escritores colombianos en España (en 2009 compiló *Transmutaciones. Literatura colombiana actual*), su quehacer se nutre de una singular amalgama de influencias que abarca la poesía española posfranquista (particularmente la extremeña), las voces más contestatarias del *rock/pop* de los últimos decenios, el surrealismo y sus epígonos, las recientes generaciones poéticas brasileñas y portuguesas, el cine alternativo, la literatura hispanoamericana contemporánea y la Colombia vivida y leída. Tan hábil en las formas cortas –*Zoo (Poemillas de amor anticológicas)* (1993) y *El arte de torear* (2002)–, como en las composiciones de largo aliento, su título más conocido es *Desplazados del paraíso* (2003), ganador del Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá. Es imposible no recordar precisamente este libro, en el que las alusiones eruditas enriquecen un discurrir cotidiano que nos lleva del campo a la ciudad, de felicidades simples a un desarraigo con el que estamos tristemente familiarizados, cuando en este nuevo poemario leemos

Y ALLÍ DEJAN

Y allí dejan la huella
sobre el polvo,
la hierba húmeda
y el barro;
siempre la misma medida de sus
pasos,
la idéntica certeza
de un andar cansino
hacia lo desconocido
por esa ruta que marca
la certidumbre de un rastro sin

dolientes,
de un destierro sin objeto.

SENDERO MINERAL

Caminaban por el lecho seco
del río.
Sendero mineral, agrietado y sucio.
Sueño de piedras ensangrentadas.

Idénticas preocupaciones éticas, nacidas de un dolor genuino, individual y colectivo, iluminan los seis poemas escritos en forma de diálogo, cuatro de los cuales registran la conversación entre un padre y su hijo. Muy cuidados en su presentación tipográfica –Antonio María Flórez es autor de buen número de poemas-objeto–, la muerte aparece una y otra vez como indagación y certeza, aliada del tiempo que nos aleja de la infancia y el amor, amenazante en el poema

CADA DÍA

Cada día que vivimos
es una farsa,
cada paso que damos una mentira.
Todo esto es un burdo engaño.
No puede serlo.
¿Por qué?
Porque la muerte
no es ninguna mentira.

y reverbera hacia la vida misma, enfrentándonos a visiones que podemos calificar de existencialistas, con los silencios como ruta y el mar como felicidad pasajera al final de unos viajes que son siempre metáfora. No en balde la cuarta estrofa del primero de los poemas del libro, “La inefable verdad”, protesta contra nadie:

Es infamante aprender
a golpes de metal, a mazazos,
como se nos tuerce el destino,
como se nos muere aquello que
anhelamos.

Si en *Desplazados del paraíso* brillaba una luz en el poema catorce:
Alguien tendrá que detener esto.
Alguien, no sé quién,
debería abrir alguna puerta de su morada,
–su corazón incluso–
y generoso decir, a pesar de sus heridas:
–Entra, esta es mi casa,
bebe de mi agua

y reposa para siempre de la huida

en *Corazón de piedra* la esperanza encarna en la voz siempre ávida de saber del niño, quien pregunta por la fe, la muerte y también por Dios, atento a las revelaciones del padre. Encerrados en la ciudad, lugar sin mapa que no puede escapar de la ruina, y enfrentados a un tiempo que parece el del fracaso, es en el calor de las palabras y los propósitos compartidos donde anida la posibilidad de un futuro.

Precedido por un epígrafe de *La carretera* de Cormac McCarthy, este poemario de imágenes y ritmos, a veces reflexivo, a veces oscuro, muestra con claridad que estamos ante un escritor que conoce muy bien su oficio y lo ejerce sin apuntar a lecturas fáciles o estrofas recitables, un poeta que no cesa de preguntarse, como lo han hecho casi todos sus predecesores, por los misterios de la condición humana.

Octavio Escobar Giraldo

Universidad de Caldas